
África, emigración y desarrollo

Josep Borrell

El mundo contempla el dinamismo del continente asiático y en raras ocasiones se cuenta con África, si no es para recordar la magnitud de sus dramas y problemas.

África representa menos del 2 por ciento del comercio mundial y de las inversiones extranjeras. Pero posee el 6 por ciento de las reservas mundiales de petróleo y en 45 de sus 53 países hay exploraciones en marcha que aumentarán esta cifra. El interés de todas las grandes potencias, y en particular China, sobre la energía y los minerales africanos demuestra que África se ha convertido en una nueva prioridad estratégica.

África ha dejado atrás la “década del caos” (1991-2001), durante la cual el hundimiento de muchos Estados, como consecuencia de la crisis de la deuda, engendró guerras civiles y parálisis económica. Pero hoy ha retomado, en términos macroeconómicos, el dinamismo de los años 60 y 70 y el número de conflictos ha disminuido de 35 a 4. Entre ellos se haya activo el de Darfur, pero una leve esperanza se abre y muchos de los estereotipos con los que contemplamos el continente africano ya no son válidos.

Los problemas son ciertamente enormes, empezando por el azote de las pandemias: 1 millón de africanos murieron de malaria y 1,6 millones a causa del sida el año pasado. Y a ello hay que unir la extensión de la tuberculosis, que ha cobrado un nuevo impulso de la mano del sida.

En la reciente cumbre de Nairobi quedó claro que el cambio climático se cebará con el continente más pobre del planeta, pese a ser el que menos responsabilidad tiene en la generación del problema.

El efecto más preocupante se dará en la agricultura, que supone un 30% del PIB bruto de los países subsaharianos y el 55% de las exportaciones de todo el continente. 600.000 kilómetros cuadrados de tierra considerada actualmente como cultivable corren riesgo de desertificación. Y 480 millones de africanos tendrán problemas de acceso al agua, lo que estimulará aún más la emigración.

Para comprender esos problemas y la estrecha relación que se plantea en África entre desarrollo, demografía e inmigración, nada mejor que un viaje por el arco del río Níger, desde Nigeria al Malí.

Nigeria es la potencia regional que promueve la integración de los países de África del Oeste. Gracias a su petróleo (100 millones de toneladas al año) es uno de los países potencialmente más ricos. Pero el 70 por ciento de los 130 millones de nigerianos viven con menos de 1 dólar/día. La corrupción, las desigualdades y las graves tensiones étnicas y religiosas que existen lastran su crecimiento

Malí, con apenas 12 millones de habitantes, es el país más pobre del continente y el tercero más pobre del mundo. El 70 por ciento de la población es analfabeta y depende de la ayuda internacional y de la exportación de productos agrícolas, como el algodón.

A pesar de la corta esperanza de vida, 48 años, 30 menos que en la UE, y de la alta mortalidad infantil, África es un continente joven, más de la mitad de la población africana tiene menos de 20 años, y con una enorme vitalidad demográfica mientras los países desarrollados y China envejecen rápidamente. Dentro de 50 años, África representará el 20 por ciento de la población mundial y los europeos el 5 por ciento.

Los datos sobre el diferencial de pobreza son aún más abrumadores. La brecha económica entre África y Europa es la más amplia de las existentes en el mundo. La UE es prácticamente 19 veces más rica que el África Occidental en términos de PIB per cápita. La diferencia de riqueza entre España y Malí es 22 veces en términos de paridad de poder adquisitivo del 2003.

Con todos estos elementos, se entiende que la emigración sea una necesidad para los africanos como lo fue para los europeos del siglo XIX. Eldorado europeo hace soñar a muchos africanos, de la misma manera que la emigración a América, la nueva tierra prometida, fue la salvación de millones de europeos que escaparon así a las hambrunas y las guerras.

En Europa se piensa que se sufre un "asalto" de población inmigrante proveniente de esos países. Olvidando que gran parte de la inmigración del África subsahariana se dirige esencialmente hacia la misma región. Por ejemplo, Malí tiene 4 millones de sus ciudadanos en el extranjero, de los cuales 2 millones residen en Costa de Marfil, mientras que en Francia, el país europeo que acoge más población de este país, se estiman 200.000. Pero las cifras que se dan en Europa sobre la inmigración reposan sobre bases no objetivas. Y en lugar de ser fuentes de información son utilizadas como instrumentos que legitiman una visión catastrofista del fenómeno.

Además, Europa y los países africanos manejan conceptos diferentes en relación al tema de la inmigración.

Mientras desde África se evoca la historicidad del fenómeno de las migraciones, sus aportaciones económicas en los países de destino y los problemas que plantea la fuga de cerebros, en Europa la cuestión

se percibe sobre todo relacionada con el control de los flujos migratorios, los acuerdos de readmisión y el control de fronteras...

El fenómeno migratorio, que hasta ahora era contemplado como una parte más de las estrategias de desarrollo, ha pasado ahora a ser una cuestión de seguridad.

Hay que evitar que el *problema migratorio* se transforme en *tragedia migratoria*. África puede salir del olvido y construir una esperanza. Para ello necesita un enfoque global que le permita afrontar sus más graves retos: erradicar la pobreza absoluta, combatir el fundamentalismo religioso, fomentar la democracia y proteger los derechos humanos, canalizar y controlar los flujos migratorios, el tratamiento del sida y la malaria...

Y Europa tiene una grave responsabilidad en conseguirlo.
